

El Errante

Aurora Solís Sánchez



Image not found.

Capítulo 1

Jesús ya estaba agotado. Habían pasado poco más de dos mil años desde que emprendió su viaje para conocer el mundo que su padre había creado. Había recorrido casi toda Sudamérica, pasó seis meses cuidando leprosos en los caudales del Amazonas, y después siguió su marcha hasta una comunidad pobre en la frontera sur de México.

El desdichado ya no podía más. Sus pies, ya lacerados por la crucifixión dos mil años atrás, no paraban de palpar de cansancio; tenía migraña y sus brazos y piernas ya no eran tan vigorosos como antes.

Arrivó al pueblo en la noche, caminando entre la espesa oscuridad. Encontró posada en una humilde casita, en donde los agricultores se detenían para recobrar fuerzas después de su ardua jornada.

Jesús tomó asiento en una mesa del fondo para pasar desapercibido, como era su costumbre. Le hizo señas a una joven indígena para que se acercara. La joven se acercó tímidamente a Jesús, quien la miró fijamente a los ojos. Le sorprendió que tuviera el cabello tan largo, casi a la altura de la cadera, de un color negro como la noche. Llevaba un cinturón ancho que le resaltaba la cintura, y su piel, delicadamente tostada, reflejaba la luz de los quinqués colgados en las columnas de la fonda.

Jesús pidió que le trajera una taza de café de olla -que era ahora su bebida predilecta-. Y después se puso a contemplar a sus hermanos, los hombres. Todos tenían el semblante lleno de amargura. Las cosechas no habían sido buenas los últimos años y en el pueblito agricultor reinaba una atmósfera de desesperanza. Jesús observaba los rostros de los campesinos: quemados de sol, llenos de tierra y sudor.

La muchacha indígena le llevó al salvador su café de olla, y este se acercó al jarrito de barro, para aspirar el exquisito olor a canela y café. Se acercó tanto que su larga barba se empapó con la espesa bebida. El líquido estaba hirviendo. Se secó un poco con su camisa de manta, y decidió esperar a que el líquido se entibiara.

Mientras esto pasaba, seguía observando a sus hermanos, los hombres, que seguían con sus rostros llenos de amargura. Estaba en su labor, cuando sintió algo dentro de su corazón. Un niño hablaba con su madre acerca de religión.

A Jesús le pareció sorprendente el vasto conocimiento del jovencito. Habló de la santidad, de la biblia, de Dios, la creación, de los hombres, de la sucia traición que tuvo la humanidad contra el señor; incluso habló de él,

como si lo conociera de toda la vida.

Jesús se sintió acongojado, y algo aturdido por todo lo que el joven había dicho de él, y de su madre, de su padre, de su vida; el joven creía saber todo lo que se debía saber. Le hablaba a su madre de todo esto, sin dejarla replicar. La señora tenía los ojos bien abiertos, como para pretender que estaba interesada sobre el tema.

Jesús dejó que el joven siguiera, a pesar de las miles de falacias que comenzó a decir. No se podía imaginar de dónde había aprendido todas esas historias. En todo su viaje por el mundo había escuchado infinidad de cosas, pero nunca como esas.

El niño comenzó a decir que Jesús había vuelto de la muerte, y que su sangre había salvado a la humanidad de todo pecado cometido por el hombre. Jesús no supo que pensar de todo eso. El niño siguió diciéndole a su madre que todos los hombres debían hacer el mismo sacrificio por el bien de la humanidad. Que en cualquier momento Dios lanzaría su ira contra el mundo, arrasando con todo a su alrededor.

Jesús trató de conservar la calma, bebiendo lentamente su café, masticando los granos que quedaron al fondo de la taza de barro, saboreando la humedad de su bigote, que ahora sabía a agua con canela.

Cuando el pequeño hubo terminado, Jesús se puso en pie tranquilamente, atravesando la fonda para llegar a la mesa donde estaba el niño con su madre, volteando a ver el rostro de cada uno de los agricultores que se encontraban ahí esa noche. Todos reconocieron a su salvador, y se quedaron absortos, sentados en sus mesas.

Una tenue luz alumbró la fonda mientras Jesús se sentaba en la mesa del niño con su madre:

"Hijo, no has entendido nada aún, y muy pocos lo entenderán. Ni siquiera yo, que he pasado tanto tiempo vagando por el mundo, he alcanzado a comprender lo que somos, lo que realmente necesitamos, y a dónde realmente vamos. Admito que no sé lo que es en verdad bueno para ti; ignoro completamente lo que cada uno de ustedes quiere en este lugar. Pero una cosa puedo asegurarles. Mi padre no ha solicitado ningún sacrificio de parte nuestra...

Su creación, tan pura, infinita, sin errores, no necesita nada de nosotros. No nos pertenece nada, ni siquiera nuestra historia, ni nosotros mismos.

Hijo, no te tomes tan en serio un libro escrito hace miles de años, ni siquiera Él lo toma en cuenta algunas veces. Él quiere que nos hundamos en nuestras propias existencias, que naveguemos por ríos que nos lleven

al núcleo de nosotros mismos. Que seamos uno con todo y con todos. Que alcancemos un estado tan puro e infinito, que absolutamente nada nos pueda contener.

Si llegamos a este estado, les aseguro que dejarían de ser infelices, de lamentarse por lo que les hace falta. Cada uno de ustedes tiene todo lo que necesita."

Todos observaban a Jesús dar su discurso al niño, sin comprender realmente lo que les quería decir. Incluso se llegaron a preguntar si era en verdad él. En la fonda reinó por unos minutos un profundo silencio, y Jesús caminó de nuevo a su mesa. Alzó de nuevo la taza de barro, y tomó las últimas gotas de café que le quedaban.

Después de esto, se marchó. Afuera la oscuridad seguía adueñándose del pueblo. Estaba agotado. Llevaba dos mil años diciendole las mismas palabras a todos los hombres que encontraba en su camino, y ninguno lo entendía realmente.